

Carlos Díaz

Instituto Emmanuel Mounier

¿VIDA AGACHADA, O VIDA ARRODILLADA?

Actualmente nos encontramos prácticamente solos en el Instituto Emmanuel Mounier. Hemos reducido la tirada de los libros, nos quedan pocos suscriptores, y nosotros mismos, cada vez menos, nos hemos aburguesado, o cansado, o desanimado, o envejecido, o todo junto. Pedimos perdón por lo que hubiéramos debido de hacer y no hemos hecho. Y nos alegramos de lo que pese a todo hayamos podido hacer bien en medio de tantas dificultades. Pero es necesario un cambio de marcha, renacer de nuestras cenizas al modo del ave fénix. De no lograrlo, este será nuestro último canto del cisne. Tenemos claro que no lograremos renacer si no somos capaces de remorir a tantas inercias que nos van sustrayendo de la realidad viva. Pese a todo, los menos malos de entre nosotros manifiestan más ganas de luchar que voluntad de queja, más esperanza que desesperación, pero sabemos que solos no podemos ni sabemos revertir los procesos. En tanto que personalistas comunitarios, creemos en la solidaridad lo mismo que en el testimonio responsable de cada cual.

El punto de partida de nuestra vida, aunque parezca raro e inusual, es que nos duelen, y mucho, los que no tienen a nadie a quien doler. Y, porque la prueba del dolor sólo es el amor, y el amor pide hacer por el otro, el principio de identidad del yo es el sufrimiento del tú, razón por la cual quien sufre tiene prioridad para nosotros. Nuestra dignidad es la alteropatía, que se manifiesta entregando nuestro tiempo y nuestro dinero a quienes siempre padecen años de vacas flacas, plagas y catástrofes. No proclamamos nuestro compromiso con la rimbombante y narcisista «opción preferencial por los pobres», pues ella sería un lujo en comparación con la

no-opción de aquellos cuya única posibilidad es la de permanecer en el sucio albañal. No quisiéramos olvidar que los pobres nos enriquecen humanamente, sin lo cual tampoco saldríamos del engrheimiento característico de los *redentores low cost*. Los pobres de la tierra son nuestros maestros sencillamente porque sufren, no porque sean nuestros héroes.

Queremos jugar en otra liga, la nada espectacular ni reseñable del *empoderamiento contrafáctico* mediante la participación militante en el sufrimiento de los más desgraciados. Sabemos que el empoderamiento es cosa de los desempoderados mismos, algo —pese a sus dificultades— al alcance de las voluntades de aventura.

Los arrastrados por sus propios pesos muertos ya no son capaces de desovar, sólo de devorar para mantenerse a flote. Lejos de lo cual, el nuestro quiere ser un *planteamiento revolucionario*, adjetivo que deseamos resignificar sin presunción ni creyendonos almas bellas, sueño equívoco del cual sólo pueden sacarnos los desgraciados, los deshechos y los desechados con los cuales compartimos nuestro tiempo y nuestro dinero.

Queremos tocar el *cuerpo de la impotencia*, es decir, del poder usurpado por el poderío, que es el cuerpo del dolor de los sufrientes. Por lo mismo, nada deseamos escribir que no nos nazca de esa solidez con los *oprimidos*, palabra que hace torcer el gesto a la burguesía especializada en

escribir *desde* sin escribir *con* los explotados, en cuyo lugar lamen la mano del Estado salvador. Que el Estado indemnice, que el Estado pague, que el Estado nos lleve de excursión, loa a la mamandurria estatal, loor y gloria a ti, Mamá Estado, cada vez más endeudada, y sin embargo pasión de todos y horizonte de cualquier planteamiento felicitarario. El Estado es Bienestar.

*El punto de partida
de nuestra vida, aunque
parezca raro e inusual,
es que nos duelen,
y mucho, los que no tienen
a nadie a quien doler.
Y, porque la prueba
del dolor sólo es el amor,
y el amor pide hacer
por el otro, el principio
de identidad del yo
es el sufrimiento del tú,
razón por la cual quien
sufre tiene prioridad
para nosotros.*

Pero ese hueso para otro perro. En la realidad, el Estado se reproduce gracias a los aparatos ideológicos de aquellos que incluso blasonan de combatirlo. Nos causa rubor el comportamiento de la *izquierdita doctorada* y de sus pretensiones de constituirse en *tanque de pensamiento* a cambio de las prebendas, del prestigio y de los bombos mutuos, y eso por no hablar de los patrocinios ejercidos sobre ellos por parte de Fundaciones que les financian, al final los Bancos. Ni rastro de *endebilitamiento* solidario por parte de las *empoderadas* señoritas Pepis y de los falsarios renqueantes que aún presumen de *ser de izquierdas* mientras monopolizan la prensa burguesa, e incluso mientras calientan los asientos en sus escaños parlamentarios y en sus periferias.

Malo sería que alentásemos lo mismo en nuestro propio corazón quienes decimos impugnar ese sistema de valores y de actitudes, algo por desgracia frecuente, cuyo éxito señala y denuncia nuestra propia complicidad. En semejantes circunstancias, ¿cómo alcanzar el grado de autocrítica justa, sin sumirnos en la impotencia por elevación de nuestra propia pureza exhibicionista? ¿Cómo aguijonear al *pensamiento agachado*, si no vivimos un *pensamiento abajado y compasivo*, cálido, revolucionario, aunque adjetivos como este último mueva a risa a los «realistas» y suscite el sarcasmo de los sindicatos apóstatas, las universidades estreñidas, y el silencio de los corderos sumisos? ¿Cómo enseñar a diferenciar entre una *vida agachada* ante el poder, y una *vida arrodillada voluntariamente ante quienes sufren más*?

El poder de la verdad no será sin el poder de esta humildad. Pero la humildad es una *virtud*. Entre las cosas que los personalistas comunitarios no entendemos se encuentra el desencanche de virtud y poder. No entendemos ese rechazo de la virtud, hábito operativo bueno y no una mala

Nos causa rubor el comportamiento de la izquierdita doctorada y de sus pretensiones de constituirse en tanque de pensamiento a cambio de las prebendas, del prestigio y de los bombos mutuos, y eso por no hablar de los patrocinios ejercidos sobre ellos por parte de Fundaciones que les financian, al final los Bancos. Ni rastro de endebilitamiento solidario por parte de las empoderadas señoritas Pepis y de los falsarios renqueantes que aún presumen de ser de izquierdas mientras monopolizan la prensa burguesa, e incluso mientras calientan los asientos en sus escaños parlamentarios y en sus periferias.

peste. Alguien tendrá que explicarnos por qué la opción por el *vicio*, hábito operativo malo; por qué la conversión (¿?) de los vicios privados en *virtudes públicas*, aunque ello sea por *virtud* de (por *fuerza* de) la espada, cual nuevos Robespierres. Existen prestidigitadores, censuraba Montesquieu, que lanzan al aire un niño, lo hacen pedazos con sus espadas, y lo dejan caer a tierra perfectamente reconstruido, como si nada hubiera pasado. Ese prestidigitador es el *Estado de clase*. Vivimos como si el capitalismo fuese capaz de recomponer cuanto descompone, con esperanza en el Estado que sanará a quienes enfermó. Pero el mundo no necesita embaucadores con coleta, ni con corbata, aunque presuman de no pertenecer a la casta, siendo como lo son la nueva casta *Susana*.

No lo permitamos, aunque se rían de nosotros. Que en nosotros sea más fuerte el amor con aquellos que ni siquiera son sacados a orinar como perros. Nosotros, que no hemos nacido ayer, no manejamos la palabra *amor* como un embeleco del Corte Inglés, ni como un archiperre con el que no parar de hablar por videoconferencia. Necesitamos silencio profundo y activo, el de la potente humildad revolucionaria, porque el principio de identidad de la realidad personal es el tú que sufre, y quien sufre tiene prioridad. Política y cultura que no comiencen por ahí se complacerán en los eternos discursos de la razón dialógica sin pasar a la acción en el *ordo amoris* de la razón profética. Pues quien se mueve en el *ordo amoris* no puede hacerlo fuera del *ordo doloris*, del cual huyen como alma que lleva el diablo tantos y tantos en la medida en que aman tan poco, huida impracticable, además, pues evitar el dolor del amor para echar la vida al gozo es quimérico, y además tampoco sabrá gozar quien sólo sepa gozar.

Aunque limitados y contingentes como somos, miserables a veces

y condenadores de todo y de todos para nuestro propio ensalzamiento, seríamos aún más despreciables si despreciásemos. Pero avisar sí, para no ser devorados por la bestia siendo aún más bestias, conforme a la lógica del poder de destruir. Poder sí, pero poder compartido, *in solidum*, y no como un rancho donde unos cuantos partidos practican la *rapa das bestas*, Montescos ayer, Capuletos hoy, Montescos mañana, Capuletos pasado mañana, mientras permanece intacto el Amo Látigo enfundado en Dinero de Oro. El único partido decente será aquel que trabaje para que desaparezca el Estado en favor de un pueblo autogobernado y capaz de respetarse a sí mismo sin necesidad de circos. Pero los acostumbrados al olorcito del Estado de Bienestar han perdido su capacidad olfativa e ignoran que apestan a borregos.

Sin demonizar, a nosotros el Estado del Dinero nos huele a azufre, a diabólico (*dia/ballo*) por su capacidad para separar, frente al cual el poder decente es sinérgico, simbólico (*sin/ballo*). Cuando se reduce la política a gobierno se demoniza el poder, ahora diabólico. Nosotros queremos ser fieles al poder simbólico de una democracia entendida y vivida como poder popular (*demo/kratía*). Conformarse con una democracia funcional clasista diabólica sería participar en la Noche de *Walpurgis*, y nosotros no hemos sido invitados a ella. Una democracia política que lo sea a costa de la *democracia moral*, es decir, basada en el *poder popular*, constituye una aberración a la que el pueblo se ha ido acostumbrando durante el tiempo mediante la sola emisión de su voto. Tal vez porque han sido muy pocos los que han intentado empoderarle compartiendo el propio poder, tiempo y dinero.

Constituye siempre una tentación definir cómo debería ser la persona poderosa y cuál la antropología política de la ciudadanía libre, igual y fraterna, cuya floración abre las mil flores del hombre político-moral. En cualquier caso, jamás se agradecerá suficientemente una *polis* enriquecida por ciudadanos (*politikoi*) bien formados y generosos, tan cuidadosos al menos

de los derechos como de los deberes. En esa *democracia virtuosa* o ciudad ideal hacen falta *maestros de virtud*, no sólo profesores de ética cívica burguesa. Nosotros queremos ser maestros con nuestro saber, con nuestro querer, con nuestro poder, con nuestro esperar, con nuestro hacer y con nuestro agradecer. Gentes que aman lo que estudian para así mejor educar. Maestros, cultivadores cultivados ¿salen de esta sociedad? Pues por nosotros que no quede.

Luchar por la verdad no es salir a la calle para practicar la dialéctica de los puños y de las pistolas. El Instituto Emmanuel Mounier apela a las personas de buena voluntad para que nos ayuden en nuestra voluntad de ser mejores para beneficio de la humanidad. No queremos nada para nosotros, porque nos encanta que nuestro beso llegue a la entera humanidad y de este modo vivir también al amparo de la *Oda a la alegría*. Hacer un sitio a la verdad en nuestros corazones duros es lo propio de una razón cálida, alegre la mañana incluso cuando la consufre con los desgraciados.

Al año sólo publicamos cuatro libritos de *Sinergia* y tres de *Persona*. de algún modo tras las huellas de aquella gran Editorial popular, *Zyx*, (*z,y,x*: las tres letras últimas del abecedario), aunque ya sin tanta beatería eclesiástica (y más religación), y sin tanto obrerismo ideológico anacrónico. Más sólidos conceptualmente, pero a la vez más legibles, porque las oscuridades incrementan la desgana ya de suyo grande. Por su parte *Acontecimiento* sale cuatro veces al año. No se imaginan muchos lo difícil que es lograr la coincidencia entre las publicaciones en su estadio de programación y de desarrollo respecto del estado en que finalmente aparecen. No hay nada más cierto que esto: que la verdad es una sabiduría que se busca, cuyo camino no concluye. Tenemos dogmas, convicciones básicas, pero debemos defenderlas sin dogmatismo, aunque esto nos lleve a caer en nuevos dogmatismos. ¿Era esto la verdad? Pues vamos a buscarla. No te guardes la tuya ni aunque te lo diga uno de los nuestros, don Antonio Machado.